Miró otra vez á aquel á quien había matado, como si esperase obtener del muerto lo que le había negado el vivo. Extendido, con las manos juntas sobre el pecho, así como para rezar, el marqués, sereno y menos pálido que durante su corta agonía, parecía sonreir en su sueño eterno. Ploerné se inclinó lentamente, hizo la señal de la cruz y se alejó.

Una vez en la casa se puso su capote, se ciño su

sable, y al salir á la calle murmuró:

—¡Lo que yo no he sabido por él, preciso será que lo sepa por ellas!

П

La familia de Saint-Maurice era originaria de la Martinica. En tiempo de Luis XVI, el caballero de Saint Maurice, teniente de navío, cruzando por las Antillas con el bailio de Suffren, fué desembarcado en Fort de France por su almirante y encargado del mando de la ciudadela que defendía la población. Segundón, más favorecido por la naturaleza que por la fortuna, el caballero hizo la conquista de la señorita Erminia de Genestas, y se convirtió, casándose con ella, en uno de los propietarios más ricos de la isla. Habiéndose retirado del servicio, se instaló en la magnifica plantación de Trois Mornes y formó allí un plantel de hidalgos.

Muy impregnado de ideas filosóficas, porque los segundones eran todos algo revolucionarios, el caballero Saint Maurice no se irritó mucho por el cambio de régimen que trastornó la Francia y costó la vida al rey. Envió á Alemania grandes cantidades á su padre y á su hermano mayor, que soportaban penosamente las tristezas de la emigración. No tronó contra el advenimiento de Napoleón, ni

llamó nunca á éste desdeñosamente Buonaparte. Se batió muy valerosamente cuando los ingleses, en 1809, fueron á atacar y tomar la colonia. Por su patriótica conducta fué condecorado con la Legión de honor.

Durante la ocupación, prestó á sus compatriotas eminentes servicios por su diplomacia en los asuntos, que no contribuyó poco á hacer más ligero el yugo enemigo. El Gobierno de la Restauración le encontró en posesión de una inmensa popularidad, y tuvo el extraordinario buen sentido de nombrarle gobernador de la colonia, vuelta á Francia. Aquel hombre de bien, que había sido un hombre dichoso, murió en 1840, de avanzada edad, lleno de honores, rodeado de sus nietos y universalmente sentido por la población negra y blanca.

Con el caballero de Saint Maurice pareció irse la suerte del hogar de su familia. Las plantaciones, mal dirigidas, perdieron todo su valor. Uno de los hijos partió para Europa, después de haber realizado su parte de las propiedades. Al cabo de unos treinta años, aquella familia, tan brillante durante tres cuartos de siglo, cayó en la medianía. De toda la familia, ya no quedaba en la Martinica más que una señora de Saint Maurice, viuda, con una hija de guince años, habitando en Fort de France, y viviendo modestamente con una renta de unos 20.000 francos. Los desastres de la guerra de 1870 habían pasado casi inadvertidos para las dos mujeres. La isla no había sido amenazada, porque la marina alemana era impotente para ello. La señora de Saint-Maurice se preparaba á hacer su vida tranquila y retirada bajo la República, como la había hecho bajo el Imperio, cuando una carta de Europa trastornó en un instante todos sus proyectos.

Su hermana, viuda del señor Letourneur, rico banquero de París, escribiale desde su lecho de muerte, para recomendarle su hija Teresa, que quedaba huérfana, sin parientes por parte de su padre. La buena señora, cuyo corazón era muy sensible, y que no tenía razones decisivas para vivir en Fort de France, no vaciló ni un momento, y quince días después estaba en el mar acompañada de su hi a y de la mulata Leila.

Al llegar à Paris, ya no había encontrado á la que aún esperaba ver, y fué recibida por su sobrina enlutada. La joven se arrojó sollozando en los brazos de aquella parienta, á quien no conocía, pero á la que se sentía dispuesta á amar, y besó tiernamente á Lydia, á quien estaba decidida á considerar como á una hermana. Y la señora de Saint-Maurice y su hija se instalaron en el vasto hotel, confortable y lujoso, que la señora Letourneur había hecho edificar en la avenida Hoche, á

dos pasos de los Campos Elíseos.

Al día siguiente fué á visitarlas el teniente de Ploerné, su sobrino por parte de los Saint-Maurice, un oficial muy brillante, agregado al ministerio de Marina. El conde Raimundo de Ploerné, originario de una antigua familia de Bretaña, era amigo de la infancia de Teresa Letourneur. El banquero había sido muy bueno para Raimundo, cuando, puesto en un colegio de París, separado de los suyos, que seguían en su casa solariega de Morbihan, el señor Letourneur le había abierto su casa, como á un hijo, haciendo uso de sus relaciones para recomendarlo, empujarlo, facilitarle la carrera, tan difícil al principio. Le había hecho tener algunos buenos embarques, bajo las órdenes de

oficiales destinados á los grandes empleos por sus capacidades. De este modo Raimundo se había ganado protectores que debían ayudarle y ponerle en buenos puestos siempre que se presentase la ocasión.

Con frecuencia, gracias á sus protectores, el joven conde había pasado por duras pruebas, porque aquellos hombres de mar no eran más cuidadosos de los demás que de sí mismos, y se acordaban de sus fieles tanto para los peligros como para los favores. Así fué como Ploerné, simple alférez, había seguido, como ayudante de órdenes, al almirante Jaureguiberry desde Orleans hasta el Mans, siempre en fuego, siempre por la nieve, quemado por los metraltazos, helado por los aguaceros, batiendose día y noche, sin cesar, en la retaguardia, en aquellas heróicas retiradas en que el ejército de Chanzy llevaba consigo, feroz é indómita, el alma guerrera de la Francia.

El teniente había salido de aquella desastrosa campaña con un porvenir asegurado. Le habían visto trabajar. Tan frío como resuelto, aquel joven rubio, de ojos azules, tenía la persistente y tranquila bravura de la raza bretona. Mostrábase en el combate tan sereno como en el vivac, sin perder nunca la cabeza y ejecutando las órdenes con una seguridad que hacía decir al almirante, en las situaciones más críticas, y Dios sabe si las había atravesado: «¿Está allí Ploerné? Entonces estoy tranquilo.»

Raimundo había vuelto á casa de su tía Letourneur, después de cada uno de sus cruceros, siempre afectuoso y fiel, y encontrando una acogida paternal en el rico financiero. Cuando heredó de sus padres, Letourneur le dió buenos contrejos contratas de sus padres.

30651

UNIVERSITIES SONDERS TO UNIVERSITIES SONDERS TO UNIVERSITIES AND UNIVERSITIES AND UNIVERSITY MEXICO

para la colocación de su fortuna. Y á los treinta años, el conde de Ploerné, con muy pocas necesidades, poseía doscientas mil libras de renta. Su prima Teresa, á quien profesaba una ternura paternal, era una encantadora niña de dieciséis años, educada por su madre en principios de piedad austera, pero dulce y buena tanto como generosa: una de esas naturalezas exquisitas, que son severas para sí é indulgentes para los demás. El día en que perdió á su madre, fué acometida de una crisis de misticismo que inquietó seriamente á Raimundo. Encontrábase solo con ella, y lloraba tan sinceramente á la señora Letourneur como si hubiera sido su verdadero hijo. Pero la serena gravedad de Teresa, que no estaba lejos de declarar que la suerte de su madre, colocada ahora á la derecha del Señor, le parecía envidiable; la exaltación religiosa de la joven, que pasaba los días enteros en la iglesia, le daban miedo. Ciertamente él era creyente. La soledad entre el mar y el cielo, el espectáculo de la inmensidad, el sentimiento de la debilidad humana, no permiten á un marino ser incrédulo. Está muy cerca de la muerte á cada momento para no creer en Dios. Raimundo tenía, pues, principios muy firmes; pero hubiera visto con pena que Teresa renunciase al mundo.

Tuvo una explicación con ella un día en que ésta volvía del cementerio, á donde iba todos desde la muerte de su madre. Llevóla al jardín que se extendía detrás del hotel, y haciéndola sentarse sobre un banco de piedra:

—Tú me inquietas, Teresa—dijo.—No te veo resignada y valerosa. Buscas consuelos á tu dolor en un orden de ideas que me parece malo, y que la querida madre que lloras no aprobaría, estoy segu-

ro. Es preciso más calma, más resolución, aceptar los sufrimientos de la vida por lo que ellos son: una prueba muy dura, y no sustraerse á ellos.

—¡Oh, Raimundo!—balbuceó la joven con sollozos.—¿Qué va á ser de mí ahora que estoy sola?.... ¿No comprendéis mi desaliento y el deseo que tengo de encontrar un apoyo moral que me devuelva la seguridad del alma?

La joven hablaba de «vos» á Ploerné, quien no había podido perder la costumbre de tutear á la que había conocido tan niña.

—En primer lugar, no estás sola—dijo el marino—puesto que yo estoy cerca de tí, y es desconocer mi afecto no contar con él para nada. Además, no sabes que tu buena madre ha escrito á tu tía de Saint-Maurice y que ésta ha tomado la resolución de venir á fijarse en Francia? Vas á tener en ella una protectora buena y dulce. Su hija, que es próximamente de tu edad, será una compañera para tí..... ¿No puedes ver el porvenir, al lado de ellas, con colores menos sombríos?

—Son dos desconocidas, y eso precisamente es lo que me da miedo—murmuró Teresa.—Su llegada me inquieta más que me tranquiliza. ¿Qué son ellas, cómo son y qué van á querer?

—Pues nada más que lo que tú quieras. Tú eres, querida mía, dueña absoluta de tu vida y por completo independiente, puesto que tus padres te han dejado una fortuna considerable.

—Todos estos bienes querría yo abandonarlos para consagrarme á los pobres y á los enfermos. Estoy tan desorientada, tan triste, tan agobiada, que sólo á los pies de Dios me consideraría dichosa.

—Hija mía, ahí estamos todos, á los pies de Dios—dijo Ploerné;—no hay necesidad de hacerse

hermanita de los pobres para ponerse en comunicación con él. En este momento no eres razonable. Vas hasta el extremo con un exceso de sensibilidad que tu pena excusa, pero que no la explica. Soy tu único pariente y debo hablarte seriamente, y si es preciso con severidad. Tus proyectos son inadmisibles. Una joven en tu situación no toma una resolución parecida á la que sueñas, sin haber reflexionado largo tiempo. Basta de exaltaciones, basta de remontes al cielo..... Volvamos á la tierra y seamos razonables. Ya sabes que soy tan buen cristiano como tú. Y no te hablo así para contradecir tus ideas religiosas, sino para ponerte en corriente más apacible. En todo caso conviene esperar para decidirte à que esté aqui tu tia de Saint-Maurice. Sería muy censurable obrar de otro modo.

Teresa había escuchado con la cabeza baja este sermón, dicho con sencillez fraternal. Por sus mejillas corrían lágrimas que no podía contener, y sus

manos estaban temblorosas.

—Haré lo que queráis, Raimundo—dijo al cabo de un instante.—Comprendo que tenéis razón y que mi madre, si estuviera aquí, me prohibiría tomar el velo. Pero no esperéis que la llegada de mi tía y de mi prima Lydia influya favorablemente en mi espíritu..... Todo me dice que no debo esperar nada dichoso.

-¿Todo?-preguntó Ploerné.

—¡Sí, todo—contestó la niña—mis presentimientos y mis sueños!

-¿Tus sueños?

Teresa se ruborizó y volvió los ojos turbada.

—Hago mal en hablaros de esto..... Vais á burlaros de mí.

- Por qué? ¿Acaso acostumbro á reirme de lo

que me dices?—preguntó el marino con un principio de curiosidad.—Dime algo de lo que te hacen temer tus sueños.

-Muchas veces, desde que sé que mi tía debe abandonar la Martinica para venir á Francia, he sido atormentada de noche por una visión, la misma siempre. Veia un barco que entraba en el puerto, un barco todo negro, de aspecto amenazador, y del cual descendían tres mujeres. La señora de Saint-Maurice, Lydia y la mulata que las acompaña. Quería ir hacia ellas, pero sentía mis fuerzas paralizadas, y me era imposible dar un paso. Entonces eran ellas las que venían á mí, y á medida que se aproximaban, todo se ponía sombrío en mi derredor, y permanecía espantada, esperando sin voluntad y sin energía, como si la aparición de aquellas tres mujeres hubiera trastornado todo mi ser. Entraban en mi casa, y se instalaban en ella. Y la más joven, la que yo adivinaba que era Lydia, muy morena, con ojos de fuego y una boca burlona exclamaba:

«De ahora en adelante estamos en nuestra casa. Le quitaremos á esta muchacha todo lo que posee y todo lo que ama. Ya no tendrá ni fortuna ni afectos. ¡Yo me apodero de su parte de dicha en la vida!»

Y la mulata, con una sonrisa horrible, enseñaba sus agudos dientes, prestos á morder. Mi tía de Saint Maurice movia la cabeza como aprobando y, consintiendo en que yo fuese víctima, repetia: «¡Para tí su parte de dicha en la vida!» En aquel momento todo desaparecía, y me encontraba rodeada de tinieblas; y luego, á lo lejos, mostrába se una claridad creciente hacia la cual iba yo, en medio de quejas y de gemidos de seres invisibles;

y poco á poco descubría un altar rematado en una cruz radiante. Elevábase un concierto de voces en el silencio restablecido de pronto, y un canto puro, reposado v suave encantaba mis oídos: «Sólo á los pies del Señor encontrarás el reposo y la calma; lejos de las tempestades, de los sufrimientos y de las injusticias. Allí no tendrás ni decepciones ni penas. Vivirás lejos de los malos, en la bienaventuranza eterna. ¡Y el mal que te havan hecho será como si no fuera!» Yo marchaba atraída por divinos himnos, en un trasporte de alegría, y todas mis aprensiones, mis angustias, mis tormentos, fundíanse en un delicioso éxtasis.

La joven alzó los ojos á Raimundo, que la escuchaba con una gran atención, y viéndolo grave

y pensativo:

-He empleado todos mis esfuerzos, creedlo bien, mi querido amigo, para arrojar estas visiones y sustraerme á su influencia. Pero casi todas las noches vuelven con una cruel regularidad. Siempre el mismo principio espantoso, y siempre el mismo fin consolador. Así, pues, ¿qué os diré yo? mi espiritu herido ha seguido la pendiente hacia la cual era arrastrado, y ya no he visto tranquilidad y salvación más que en la renuncia de las cosas de la tierra y en entregarme por completo á la gracia divina.

-Pero-preguntó el joven-por qué esa idea preconcebida respecto de mujeres que no conoces, y que no pueden estar animadas más que de las mejores intenciones hacia tí?

-No sé. Es un hecho; lo digo tal como es, sin

examinarlo, sin explicarlo.

-Y en las cartas de tu tía, en lo que te hayan podido decir de ella en otro tiempo, ;hay algo que pueda servir de punto de partida para esas divagaciones?.... Porque todo eso, querida hija mía, son puras y simples divagaciones.

-Ya lo comprendo. Y nada ha podido motivarlas. Mi tía no me ha escrito más que una vez; su carta estaba llena de razón y de bondad. Nada sé, ni sobre ella ni sobre su hija, que haya podido disponerme al temor. Sin embargo, temo, y esas advertencias, de lo alto me han sido dadas...., Encontráis mal que haga caso de ellas..... Y sin embargo, ¿qué prueba que no sean verídicas, y que haciendo caso de ellas no obre prudentemente?

-Hija mía, tú harás más tarde lo que quieras. Pero por el instante, estás bajo mi guarda. Tu madre te ha confiado á mí. Deseo que nada cambie en tu situación material, mientras que no llegue tu tutora. Tú eres una joven de palabra, y no contraerás ningún compromiso. ¿Es cosa convenida?

-Convenida.

-Pues bien, ahora vamos á comer, que nos están llamando.

Encaminóse á la casa acompañado de su joven parienta, y ya no hablaron más de las agitaciones religiosas de la señorita de Letourneur. A la semana siguiente llegó á París la señora de Saint-Maurice con su hija y la mulata Leila. Ningún amenazador fenómeno señaló su aparición. El landó que las trajo no era negro, los caballos no tenían nada de apocalíptico. Lydia se arrojó con efusión en los brazos de su prima. La condesa abrazó tiernamente á la joven y lloró con ella. Solo Leila enseñó, en su cara bronceada, dientes blancos y agudos; pero reía tan bonachonamente que era imposible concebir temor. Desde el primer instante, Teresa sintió que amaría á las recién llegadas, y pensó que sus

presentimientos eran una locura; y así se lo declaró aquella misma noche á Raimundo de Ploerné, cuando éste fué á visitar á su tía. Las dos jóvenes estaban sentadas una al lado de la otra en el salón, y, en una profunda poltrona, estaba hundida lánguidamente la señora de Saint Maurice. Desde su salida de la Martinica la condesa no había dejado de quejarse. Acogió al teniente con cariñosa familiaridad. Se habría dicho que le conocía toda su vida.

—Sed bien venido, sobrino mío, y excusadme si no me levanto para recibiros..... Pero desde hace muchas semanas no sé qué cosa es el equilibrio..... Vuestros malditos barcos me han sacudido tanto que me parece estar todavía balanceándome, y cada vez que pongo los pies en tierra se me va la cabeza..... Os parecéis mucho á vuestro padre, á quien perdí de vista cuando tenía vuestra edad..... Os presento á mi hija, vuestra prima Lydia.

Volvióse Raimundo del lado de la señorita de Saint Maurice y quedó inmóvil, devorándola con los ojos, olvidándose de todo lo que no era ella, impresionado por su belleza. Era alta, con la esbeltez de sus dieciséis años, pero ancha de hombros ya y formada como una mujer: sabroso fruto precozmente madurado bajo el ardiente cielo de los trópicos. Su rostro, de una blancura de camelia, estaba iluminado por dos ojos negros, orlados de largas pestañas curvadas, que proyectaban sombra sobre sus mejillas. Su pequeña boca, de labios de color de sangre, mostraba dientes como perlas; y su redonda barba, con un gracioso hoyuelo, daba á su fisonomia un aire de adorable travesura. Sus manos y sus pies eran los de una criolla, acostumbrada á dejarse servir y llevar sin mover un dedo, ni dar un paso de la mañana á la noche. De toda su persona desbordaba, sin embargo, una ardiente vida, y aquella criolla, arrastrada por la pasión, debía mostrarse capaz de una potente actividad.

Al lado de ella, su prima Teresa ofrecía un completo contraste. Cabellos rubios sencillamente rizados, azules ojos de tierno mirar, un talle apenas formado y unas maneras infantiles. Dulzura y aun debilidad, allí donde la otra mostraba su opulento vigor. Cuando Lydia respondió á los cumplimientos de bienvenida que su primo le dirigía con un embarazo que la hacía sonreir, la sonoridad llena y algo grave de su voz aumentó la turbación del joven. Aquel órgano suave y acariciador, como el canto amplio y armonioso del violoncello, le había conmovido hasta lo más profundo de su ser. Aquella no era la voz de una joven, su vibración era demasiado ardiente.

Ploerné encontró tonto dejarse impresionar de un modo tan extraño. Hizo un esfuerzo, razonó, y se dijo que nada justificaba su emoción. Trató de hacerse dueño de sí. Teresa le hablaba con animación, y él no oía más que un ruido confuso de palabras. Seguía fascinado ante la encantadora criolla que sonreía con sus rojos labios, con sus ojos de llama, con aire de voluptuosidad. Al fin le dirigió ella la palabra á su vez, y comprendió que le decía:

—En vuestros viajes, ¿no habéis estado nunca en la Martinica? Porque imagino que nos habríais visitado..... Aunque acaso habíais olvidado que vivían allí dos parientas vuestras....

Raimundo explicó que antes de la guerra había estado de crucero en la costa de Africa, en los pa-

rajes del Senegal y del Gabón, pero que nunca le habían llevado los azares de su carrera á las aguas de las Antillas. De otro modo.... seguramente..... joh! vaya si habria hecho el viaje expresamente, si la hubiera conocido; y, admirándola, no concebía que existieran dificultades que no se pudieran vencer para aproximarse á ella. Y, en aquel momento eran tan expresivas sus miradas, que Teresa le observaba con asombro. Pero Lydia, muy tranquila en aquella atmósfera de admiración, de ningún modo molestada por aquella expresión apasionada, seguia sonriendo con su boca provocativa y sus ojos magnéticos.

-Sabed, sobrino, que queríamos ir á un hotel y buscar casa en la población—dijo la señora de Saint-Maurice-pero Teresita se ha opuesto. Quie-

re que no la abandonemos.

-Y tiene mucha razón, tía, y yo la apoyaré con

todas mis fuerzas en esa idea.

-He tenido la debilidad de aceptar.... Estoy tan rendida con este horrible viaje..... Pero no quiero estorbar á nadie, y dentro de algunos días, después de haber estudiado maduramente el asun-

to, tomaremos una resolución definitiva.

La resolución que tomó definitivamente la señora de Saint Maurice fué quedarse en casa de su sobrina. En esto cedió á las instancias de todos, más que á su propia voluntad, porque la perspectiva de dirigir una gran casa no agradaba à su indolencia. Pero Ploerné dijo que habría peligro en dejar á Teresa entregada á su soledad, y Lydia declaró que era imposible desear una habitación mejor dispuesta que el hotel Letourneur. Teresa rogó que no la abandonasen de tal modo, que la condesa, aunque asegurando que se helaba en París, se instaló y tomó las riendas del gobierno de la casa.

Mejor dicho, las pasó á su ministro con faldas, la mulata Leila, que desde el primer instante mostró la autoridad que acostumbraba á ejercer en casa de sus amos. Tenía que entendérselas, sin embargo, con una porción de criados á quienes la muerte de la señora Letourneur y la inercia de Teresa habían iniciado en las delicias de una completa anarquía. Aquellas gentes se habían habituado en algunas semanas á no hacer más que sus voluntades, y como estas voluntades no concordaban siempre entre sí, el servicio había llegado á ser de una irregularidad sin ejemplo. La mujer de color, de quien se habían reído el primer día en la cocina, y que no había contestado más que con una sonrisa, se encargó, en algunos días, de meter en cintura aun á los más recalcitrantes. Hizo ver á los blancos que los negros son tan aptos como los demás para ejercer la tiranía. Todo el que no se plegó y se hizo tan dócil como se quería, fué despedido sin discusión, sin ruído, con la mayor suavidad. Nadie sospechó las reformas realizadas, sino notando las ventajas.

A partir de aquel instante, la mulata fué árbitro de los destinos de las doncellas, de los cocheros y de los cocineros. Ninguno rechistaba ante ella, y la que al principio era llamada insolentemente la «morenilla,» fué tratada de «la señora Leila» con todo el respeto debido. Aquel déspota negro no abdicaba sino delante de una sola persona, Lydia, á la que había criado á sus pechos y á quien amaba con una ciega ternura. Todo lo que Lydia hacía ó decia, estaba bien. Aquella mujer inteligente y astuta, hacía ante los caprichos menos razonables de la que llamaba servilmente «ama,» un abandono de toda crítica que llegaba al fanatismo. Era verdaderamente su esclava. Si Lydia la hubiera mandado robar y matar, lo habría hecho sin vacilación, por complacerla. En contemplación ante la joven, permanecía horas enteras meciéndola en una hamaca, cantándola canciones de su país, por el único placer de verla y de estar á su lado.

Desde los primeros días había sentido contra Teresa una secreta animosidad. Encontraba injusto que fuese la señorita de Letourneur la poseedora del hotel, la dueña de una gran fortuna, y que dominase, por su situación material, á las dos senoras de Saint-Maurice. Porque se decia: «¿Por qué no había de ser Lydia la más rica como es la más bella?» La otra no valía más que para criada. Bastaba verlas una al lado de la otra, para comprender la diferencia. «Mi hija es digna de un principe; su prima ha nacido para casarse con un trabajador.» Trabajar era el último grado de la bajeza humana para aquella mujer de color, que no habia visto nunca á los suyos considerar el trabajo sino como la dura consecuencia de la esclavitud. Ser rico y ocioso: este era el estado del hombre superior. El más rico y el más ocioso era el principe; he aquí por que Lydia debía ser princesa; ¡y era la otra la que tenía todas las ventajas de que debía gozar su querida ama! En su interior, Leila odiaba á Teresa por aquella ofensiva desigualdad.

Sin embargo, alguien vivía al lado de las señoras de Saint Maurice que se había ganado las simpatías de la mulata, sin haber hecho esfuerzos para conseguir este resultado. Había bastado á Raimundo dejar aparecer la apasionada admiración que le inspiraba Lydia, para merecer la simpatía de Leila. Entre el oficial y la criada se había establecido un acuerdo de sentimientos. El uno y la otra se habían comprendido y conocido. Ambos amaban con la misma idolatría exclusiva. Fuera del objeto de su culto, nada existía para ellos, y estaban dispuestos á sacrificárselo todo. Una especie de acariciadora familiaridad, como la de un perro por su amo, había unido la mulata al marino. Sonrefale con sus dientes blanquísimos cuando le veía llegar, le dirigia algunas palabras afectuosas, y corria hacia el «ama.» Sentía por el joven un doble respeto: sabía que era rico y que amaba á Lydia; era

el principe.

Cuando los dos jóvenes estaban juntos, sea en el jardín, sea en el salón, Leila, con una inconsciente corrupción, hacía la centinela, á fin de que no los molestaran; pero los vigilaba muy atentamente, por su cuenta personal. Por lo demás, se tomaba un trabajo bien inútil, porque jamás hubo amor más respetuoso que el de Raimundo por Lydia. Ouien de los dos se emancipaba más, no era el hombre, era la joven, cuya coqueteria se complacía en irritar la pasión de su enamorado. Aquella flor de los trópicos, de penetrante y embriagador aroma, se abría con un esplendor que trastornaba al reflexivo y tranquilo bretón. Entonces estaba algunos días sin ir; pero una fuerza, á la que no podía resistir mucho tiempo, le volvía á llevar al lado de Lydia, á quien encontraba serena, en la seguridad de su belleza, un poco irónica y burlándose de aquella timidez que alejaba de ella al enamorado teniente.

Había hablado ya de Ploerné á Leila, calculando con una tranquila lucidez las ventajas que po-